

Cejas que no se disculpan

Desde muy pequeña fui silenciada y discriminada por una característica diferente a la de los demás: tenía cejas pobladas y unidas. Todos se burlaban de mí, me señalaban, me maltrataban por ello.

Ese rechazo me causó tanto dolor, tanta inseguridad, que intenté de mil maneras encajar y ser como ellos.

Recuerdo con claridad uno de mis intentos más desesperados por pertenecer: la primera vez que depilé mis cejas.

Ese día sentí una alegría falsa, creí haber logrado lo que tanto deseaba: al fin tenía dos cejas separadas, ya no estaba esa línea que me convertía en blanco de burlas.

Pero incluso en ese momento, mi mente no podía callar las preguntas que me atormentaban:

¿Acaso era necesario seguir estereotipos o parecerme a los demás para ser aceptada?

¿Era necesaria tanta crueldad por algo que simplemente no era común?

Mi rostro fue señalado, criticado, rechazado... por algo que, en el fondo, me hacía única.

Y lo triste es que, en ese intento por ser aceptada, terminé adaptándome a lo que la sociedad esperaba de mí.

Perdí, sin darme cuenta, una parte de lo que me hacía original.

Hoy lo reconozco con claridad: **no era yo la que debía cambiar, era el mundo el que debía aprender a mirar con más humanidad.**

¿Por qué no te peinas?

Siempre ha existido ese cuestionamiento hacia las mujeres: que debemos estar bien peinadas, con el cabello perfecto, organizado, sin un solo hilo fuera de lugar.

Pero yo nunca entré en esa clasificación.

Desde pequeña me gustaba llevar el cabello libre, sin peinar, dejar que el aire pasara por él y lo hiciera parte de su danza. Para mí, eso era libertad.

Sin embargo, esa libertad no era bien vista.

Mis padres, profesores y compañeros no tardaban en cuestionarme.

Me decían que debía peinarme, que así no podía salir, que me “veía mal”.

Y no importaba si me dolía la cabeza, si sentía que me arrancaban los pensamientos con cada jalón.

Mi opinión no tenía lugar.

Debía obedecer, porque así lo dictaba el régimen silencioso que impone la sociedad: una mujer debe lucir perfecta, debe tener el cabello controlado, suave, dócil... como si eso definiera su valor.

Pero yo aprendí que el cabello también habla.

Y el mío, al estar suelto, decía algo que muchos no querían escuchar: **que mi cuerpo no está para cumplir normas ajenas, que no nací para encajar, sino para ser.**

¿Mis piernas son poco atractivas por ser delgadas?

Durante años me hice esa pregunta.
Desde pequeña me gustaban los vestidos y las faldas. Me encantaban.
Me hacían sentir libre, bonita, feliz.
Pero ese gusto fue arrancado de raíz por mi madre.

Ella siempre criticó y menospreció mis piernas por ser delgadas.
Decía que las faldas y los vestidos no me lucían, que con esas "patas de gallina" era mejor que no me los pusiera.
Y sus palabras se quedaron grabadas en mí.
Mi amor por las faldas empezó a desvanecerse.
Y al mismo tiempo que crecía, también crecía mi inseguridad.

Llegó un punto en que prefería ocultarlas por completo.
Entre más cubiertas estuvieran mis piernas, mejor.
Porque aprendí que no eran "aptas" para mostrarse, que no merecían ser vestidas con algo bonito, que no eran suficientes.

Hoy me doy cuenta de lo cruel que fue ese juicio.
Y aunque me cuesta, estoy empezando a reconciliarme con mis piernas, con su forma, con su delgadez, con su historia.
Porque no hay una sola manera de ser bella,
y **ninguna parte de mí merece ser escondida para encajar en el ideal de otro.**

Todo lo que soy, incluso lo que escondí

Soy un cuerpo que alguna vez quiso desaparecer.
Me construyeron entre críticas y burlas: mis cejas eran "demasiado", mis piernas "muy poco",
mi cabello "un desastre".

Aprendí a esconderme antes de aprender a amarme.

Mis cejas pobladas y unidas me marcaron la infancia. Fui el chiste de muchos.
Mi cabello libre incomodaba. Me lo peinaban a la fuerza, como si el orden fuera más importante que el dolor.

Mis piernas delgadas fueron motivo de vergüenza. Me arrancaron el gusto por las faldas con comentarios crueles que aún duelen.

Pero aquí estoy.

Poco a poco, he empezado a hablar donde antes me callé.

A mirar con ternura lo que antes escondía.

A recordarme que no hay una forma correcta de ser cuerpo, pero sí una forma digna de habitar el mío.

Y aunque aún no me amo del todo, estoy en camino.

Ese, ya es un acto de resistencia.



Fragmentos de mí

